

go. «La Encíclica no acepta ningún principio nuevo de interpretación,» decía el primero. «El principio de investigación científica ha sido reconocido y debe ser aplicado,» objetaba el segundo. Un protestante, König de Rostock, terció en este debate católico, y solicitó y obtuvo setenta opiniones que acerca del libro de Schöpfer formularon los más ilustres sabios de Alemania, Austria, Francia, Irlanda y América; las cinco sextas partes de estos sabios estuvieron de acuerdo con la opinión del autor.

—Podía usted añadir, señor Duff, —exclamó mi coadjutor, que seguía la discusión con vivo interés, pero sin pronunciar palabra, —que casi todos los sabios consultados censuraron á Schöpfer por ignorar el *consensus patrum* y por manifestar tendencias francamente racionalistas.

Todo el público se despabiló ante este nuevo incidente; el maestro de conferencias respiró, como si le hubiesen quitado un peso de encima. El señor obispo avanzó el cuerpo para oír mejor.

(Continuad)

α MISCELANEA α

Santa Visita—El 23 de los corrientes sale de esta ciudad el Illmo. y Rmo. Señor Arzobispo, para visitar algunas parroquias del Norte. Recordamos á los señores Sacerdotes de ambos cleros, que el M. I. Señor Vicario General ha ordenado que durante la Visita Pastoral sea recitada en la Misa, como imperada, la oración *Pro peregrinantibus et iter agentibus* en lugar de la oración *Pro quacumque necessitate*.

República de Colombia (Bogotá)

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTA

Año V—Vol. V { Septiembre 1.º de 1910 } Núm. 16

Arquidiócesis de Bogotá—Gobierno Eclesiástico—Número....
Bogotá, 22 de Agosto de 1910

CIRCULAR

Señor Cura de....

Pongo en conocimiento de usted que desde mañana hasta el regreso del Illmo. y Rmo. Señor Arzobispo de la Santa Visita Pastoral, la oración imperada será la de la Misa *Pro peregrinantibus vel iter agentibus*.

Dios guarde á usted.

SALUSTIANO GÓMEZ RIAÑO

Sagrada Congregación de Religiosos

Acerca de la recta interpretación de las Declaraciones que la S. C. de Religiosos dictó sobre el artículo VI del Decreto *Auctis admodum*, con fecha 7 de Septiembre de 1909 (1), han sido propuestas las siguientes dudas:

1.ª Si dichas Declaraciones se refieren únicamente á las casas religiosas de estudios, en Italia; ó si son extensivas á todas las casas religiosas del mundo católico.

2.ª Si á tales Declaraciones deben conformarse solamente las Congregaciones Religiosas que tienen profesión de votos; ó si obligan también á aquellas Congregaciones

(1) Véase LA IGLESIA. Vol. V, págs. 134 y siguientes.

que ligan á sus miembros con simple promesa de perseverancia, como sucede en la Congregación de los Eudistas.

3.^a Si reduciendo el tiempo de las vacaciones y aumentando en lo posible los estudios podrá estimarse hecho todo el curso de Teología en tres años; ó si es menester destinar al mencionado curso cuatro años académicos íntegros, es decir, cuarenta y cinco meses completos, computadas las vacaciones de los tres primeros años.

La S. Congregación respondió:

A la 1.^a Negativamente á la primera parte; afirmativamente á la segunda.

A la 2.^a Negativamente á la primera parte; afirmativamente á la segunda.

A la 3.^a Negativamente á la primera parte; afirmativamente á la segunda.

No obsta lo que haya en contrario.

Roma, 31 de Mayo de 1910.

Fr. J. C. Card. VIVES, Prefecto.

F. Cherubini, Subsecretario.

LOS ESTIGMAS DE SAN FRANCISCO

Testigos de primer orden han afirmado la realidad de los estigmas de San Francisco.

El día que siguió inmediatamente á la muerte del Seráfico, Fray Elías, Vicario del Santo, hizo la descripción de los estigmas, en carta circular que dirigió á toda la V. Orden. Tomás de Celano, el primero que escribió la vida de San Francisco, narra el milagro en tres obras dedicadas á la biografía del mismo San Francisco. Fray León, confesor del Seráfico Padre, afirmó en tres ocasiones la existencia de la verdad de los estigmas. San Buenaventura resumió lo que dijeron sus antecesores, en una narración

que la Iglesia ha adoptado en el Oficio de la Impresión de las llagas.

Los testimonios aducidos, para no hablar de otros, parecieron tan decisivos aun á quienes deseaban que fuera un mito la impresión de las llagas, que se vieron obligados á reconocer la realidad de los estigmas. "Este milagro, dice Renán, sobre ser uno de los más notables que registra la historia de la Iglesia en la Edad Media, es señaladamente interesante por la circunstancia de ser oculares los testigos que lo afirman. Creo imposible que se trate aquí de una leyenda ó de alguna invención forjada por el deseo de ajustar la vida de San Francisco á la de su divino modelo, pues el día mismo de la muerte del Santo ya se hablaba de los estigmas." Muchos otros adversarios han declarado lo propio. De modo que es completo el acuerdo de todos en cuanto al hecho que nos ocupa. Ahora bien: ¿cuál es la causa de los estigmas? Hé ahí el punto controvertido. Los católicos, con la Iglesia, asignan á los estigmas un origen milagroso, y, por ende, divino. Los incrédulos, que se empeñan en explicar la aparición de los estigmas por causas naturales, ora afirman que el Hermano Elías fue quien ocultamente los grabó en el cuerpo del Santo, ora — y es la explicación de ellos preferida — que los estigmas fueron efecto de una imaginación poderosa y violentamente excitada.

I

Trae la primera de las mencionadas explicaciones el Sr. Karl Hase, en su obrita intitulada *Franz von Assisi*. Renán prohibió la opinión del Sr. Hase en dos artículos publicados en el *Journal des Débats* (1864).

Veamos cómo argumentan estos señores: "1.º El Hermano Elías, dicen, no era un Santo; al contrario, era un ambicioso que no reparaba en medios cuando los creía provechosos. 2.º Este hombre tuvo á su disposición

durante una noche entera, el cuerpo de San Francisco. 3.º El Santo murió el sábado por la tarde, y el domingo por la mañana fue llevado el cadáver a la iglesia de San Jorge. ¿Por qué tanta prisa sino para evitar las investigaciones que hubieran podido poner de manifiesto el fraude? 4.º Obrando contra la costumbre de Italia, cubrieron y cerraron el ataúd: nueva precaución contra las curiosidades que inspiraban temor. 5.º El año 1230, cuando el cuerpo del Santo fue trasladado al *Sacro Convento*, dispersaron violentamente el cortejo, y la nueva inhumación del cuerpo se verificó sin testigos y en lugar sólo conocido de los adeptos. Nótase en estos procedimientos el mismo sistema: sustraerse á todo examen."

Los hechos narrados no dejan de llamar la atención de quienes no conocen sino superficialmente la historia del Santo; pero considerados á la luz de la verdad, son completamente falsos. Examinémoslos.

1.º El Hermano Elías, convengamos en ello, no era, ni con mucho, hombre virtuoso. Supongamos también que al morir San Francisco, la ambición inspirara al Hermano Elías el pensamiento de gobernar la Orden. Así y todo, no habría él hablado de los estigmas si no los hubiera tenido á la vista. Y es muy de tener en cuenta que aun viendo los estigmas, el Hermano Elías habla de ellos tan descuidadamente, en su circular, que los describe de modo inexacto.

2.º El cuerpo del Santo estuvo á disposición de Fray Elías durante una noche. Hé aquí una afirmación que acusa la más crasa ignorancia del modo como pasaron las cosas. Al decir de Celano, que estuvo presente, la noche que murió San Francisco fue de famosa velada. Inmediatamente después de la muerte, el cadáver fue religiosamente aseado y expuesto sobre un tapiz de color de ceniza. Cincuenta Hermanos estaban al rededor contemplando la belleza que la muerte dejó impresa sobre el bendito cuerpo.

La ciudad no tardó en acudir en masa á la Porciúncula. Todos querían ver á Francisco por última vez, y todos decían que era un Santo. Quienes lograban acercarse, besaban, sobrecogidos de veneración, los pies y las manos del Santo, oraban y cantaban. La multitud se renovó constantemente hasta el amanecer. ¿En qué momento habría podido, pues, Fray Elías hallar la hora de silencio y de secreto para perpetrar la criminal acción que se le imputa?

3.º La inhumación no demoró mucho tiempo es verdad, pero tampoco se hizo de prisa. Por aquel tiempo Inocencio III y Honorio III fueron enterrados al día siguiente de su muerte. Si el cuerpo de San Francisco no se dejó por más tiempo expuesto á la veneración pública, no faltaron causas para ello, pues se temía que no pocos intentarían apropiárselo por la fuerza y no había medios para impedir la violencia, porque la ciudad estaba considerablemente de aquel sitio. Apeligrado é imprudente era, por tanto, diferir la inhumación.

4.º No es argumento que merezca atención el que se funda en la circunstancia de haber cerrado el ataúd, como quiera que no era costumbre llevar descubiertos los cadáveres. Sólo el ingenio sectario ha podido afirmar que al cerrar el ataúd se tuvo en mira el evitar el examen del cuerpo. Habría sido curiosa la investigación practicada mientras desfilaba el cortejo fúnebre.

5.º En cuanto á la violenta dispersión de la multitud que asistió á la traslación del cuerpo del Santo, ¿quién no ve en aquella circunstancia un arbitrio de Fray Elías, así para mostrar el valimiento que tenían los magistrados de la ciudad, como para ocultar la nueva sepultura á los vecinos de Perugia, quienes podían apoderarse de las preciosas reliquias?

A la refutación de las objeciones expuestas, añade la historia firmeza excepcional. Refieren los historiadores que dos años antes de morir, habíase retirado San Francisco

con algunos compañeros suyos al monte Albernía para ayunar y orar allí cuarenta días en honor del Arcángel San Miguel; y que estando una mañana en oración, vio bajar del cielo un serafín con seis alas brillantísimas, el cual se llegó al Santo, quien vio entonces un hombre crucificado. Quedóse, añaden, asombrado San Francisco y sintió que inundaba su corazón un gozo mezclado de amargura, porque á la indecible satisfacción que experimentaba por estar bajo la mirada de Cristo, juntábase el acerbo dolor que le causaba la vista de la crucifixión del Señor. La visión desapareció dejando al Santo animado de ternísimo amor divino, y en los pies, manos y costado, las sagradas llagas. Esta narración, que en manera alguna se compadece con la pretendida impostura del Hermano Elías, es testimonio fehaciente del milagro más grande de la Edad Media, y uno apenas acierta á explicarse cómo hombres de la talla de Hase y de Renán no se hayan afrentado de ultrajar la verdad histórica.

II

La segunda explicación, si bien es más respetuosa que la primera porque no acude á la superchería, aventaja á ésta en artificio, porque se funda en las múltiples propiedades de las fuerzas naturales. Los Sres. Alfredo Maury y G. Dumas prohijan aquella explicación: el primero en su obra intitulada *La Magie et l'Astrologie dans l'antiquité et au moyen âge* (París, 1854); y el segundo en un artículo publicado en la *Revue de Deux Mondes* (1.º de Mayo de 1907). Ambos sostienen que la imaginación fue parte á causar los estigmas. "Esta facultad indisciplinable que levanta pavorosas borrascas en el orden moral, dicen, ocasiona también profundas turbaciones en el orden físico."

"Cuando la imaginación, añade Maury, llega á alto grado de excitación, domina el organismo de tal suerte que imprime violentamente en él sus creaciones." Hé ahí

el principio; la conclusión ya se adivina. "Es fácil concebir, continúa el mismo, que la imaginación imprima sobre aquella parte del cuerpo que recibe su influencia, una señal visible, una especie de llaga." Admitamos que la imaginación hace hervir la sangre, enrojece el rostro ó cualquiera otra parte del cuerpo; concedamos que puede lanzar la sangre sobre determinado sitio con violencia tan extraordinaria que rompa allí la piel. Tenemos, pues, una llaga.

Cretino debería de ser quien creyera que ésta ha sido abierta por un solo esfuerzo de la imaginación.

Peró las llagas de San Francisco eran cinco, y aparecieron simultáneamente en las manos, en los pies y en el costado del Santo, es decir, en donde el Salvador conservó las heridas de su divino cuerpo.

De tan aficionado á exágerar el poder de la imaginación, el Sr. Maury volvióse loco, pues es menester estarlo para afirmar que "los estigmatizados, devotos como eran de la pasión de Cristo, al pensar de continuo en aquellas llagas que deseaban vivamente, hacían afluir la sangre á las partes del cuerpo correspondientes á las que eran objeto de su habitual meditación."

Cegado por la pasión sectaria habla el Sr. Maury, porque no da, ni podía dar la prueba de la acción tan eficaz como frecuente que atribuye á la imaginación.

Con refinada perfidia asienta él que los Santos deseaban vivamente las sagradas llagas; aseveración irracional, porque ellos, fundados en la humildad, habrían estimado semejante deseo como temerario y pecaminoso. Meditaban sí en las llagas del Salvador, pero para leer en ellas el amor infinito de Dios á los hombres.

San Francisco tenía en el costado derecho una herida abierta, de labios siempre rojos y frescos; de esa herida manaba á veces sangre que mojaba la túnica; las manos y los pies parecían traspasados con clavos cuya cabeza se

veía redonda y negra; sobre las manos y debajo de los pies las heridas aparecían como hechas por clavos de largas y encorvadas puntas, y como si los hubieran remachado.

¿Cómo explica estas circunstancias el Sr. Maury? Oigámoslo: "Allí, dice, no había sino ulceraciones; pero los espíritus inclinados á lo maravilloso, hallaron en los botones flemoncillos y excrecencias naturales: analogías con las llagas de Cristo."

No será fuera de propósito hacer constar que los librepensadores de nuestros días han tenido en poca estima la explicación del Sr. Maury, al calificarla de "hipótesis verosímil, pero que no se apoya ni en la observación juiciosa ni en experimento alguno." Esta apreciación significa que en los cincuenta años que van corridos desde la publicación del libro del Sr. Maury, el hecho de los estigmas ha sido mejor explicado por la ciencia médica.

Las escuelas de Nancy y de la Salpêtrière trabajaron con desvelo en el análisis de los estigmas; para esto hicieron el más profundo estudio conocido, del histerismo y de las enfermedades nerviosas, valiéndose del hipnotismo y de la sugestión, prácticas hasta entonces nada comunes. ¿Y cuál fue el resultado? Dígalo el Sr. Dumas, autor del artículo publicado en la *Revue de Deux Mondes*, artículo que nos suministra datos para juzgar al Sr. Maury. Y cuenta que es indudable la competencia del Sr. Dumas, pues es médico y doctor en Letras; enseña psicología en la Sorbona y es jefe del laboratorio en donde se analizan las enfermedades mentales. Veamos cómo ha favorecido el Sr. Dumas las hipótesis del Sr. Maury. "Creemos, dice, habernos acercado bastante á la comprobación favorable de los hechos." Conviene hacer mérito de esta frase, porque el Sr. Dumas la olvida en el curso de su artículo.

Deseamos conocer los triunfos alcanzados por el Sr. Dumas, y pues él se exhibe en sus artículos como relator, interroguémoslo.

El Sr. Dumas cita tres observaciones:

a) En 1859 escribió Parrot una célebre memoria en la cual narra el caso de cierta mujer nerviosa que vertió lágrimas teñidas de sangre, por causa de la honda tristeza que padecía. Desde aquel día la paciente quedó sujeta á hemorragias dolorosas de la piel, que le sobrevenían por las rodillas, por las manos y por el pecho, casi siempre después de alguna emoción fuerte que le ocasionaba, además, ataques nerviosos durante los cuales perdía el movimiento y la sensibilidad.

b) En 1890 conoció el profesor Raymond una muchacha histérica á quien le aparecían equimosis en la parte superior del pie derecho. Mostrábanse tales manchas después de alguna gran crisis que dejaba á la enferma dormida por cuatro días.

c) El doctor Apte, en su tesis sobre *los estigmatizados* (1903), habla de una especie de gangrena espontánea de la piel, gangrena que se manifiesta en los histéricos como consecuencia de una herida, y á veces de alguna simple emoción. Empiezan por sentir fuertes dolores que se localizan en parte determinada del cuerpo, luego aparecen ampollas llenas de líquido sanguinolento. Pasados algunos días, las ampollas revientan y se forma allí una costra que al fin se cae y deja una úlcera rodeada de carnosidades que cicatrizan lentamente.

Apoyado en estas observaciones, el Dr. Dumas afirma que las alteraciones cutáneas de los estigmatizados son accidentes neuropáticos ya conocidos.

A nuestro juicio el Sr. Dumas peca de irreflexivo en sus afirmaciones. Verdad es que hay analogías en los hechos que compara; pero hace caso omiso de las diferencias que los distinguen. Nos habla de personas atacadas por fuerte enfermedad, de histéricos y neuropáticos casi incurables, á quienes les sobrevienen las llagas después de ataques nerviosos y de heridas próximas á la gangrena.

No acontece así con los estigmatizados. El mismo Sr. Dumas confiesa que éstos no han sido histéricos. En los estigmatizados las llagas se forman no sin dolor, pues que hay ruptura de la piel; pero no sufren ni las conmociones violentas, ni los accidentes y crisis de los histéricos. Hay además extraordinaria diferencia en la naturaleza de las llagas. ¿Qué son, en efecto, las manchas, las carnosidades y los sudores sanguinolentos de los histéricos? Accidentes pasajeros que desaparecen al cabo de pocas semanas. Al contrario, las llagas de los estigmatizados son permanentes y se conservan en el mismo estado hasta la muerte del individuo, casi siempre; renuévanse y conservan la primera frescura por virtud secreta. Y es muy de notar que los histéricos después de sus accidentes entran rápidamente en tal período de decadencia física, intelectual y moral, que apenas tienen la figura humana; mientras que los estigmatizados elevanse sobre sí propios, gozan de la paz y de las luces que les da la unión íntima con el Salvador. De forma que las llagas de los histéricos no tienen ni el origen, ni los caracteres, ni las consecuencias de las llagas de los estigmatizados.

Vamos ahora á la inexpugnable fortaleza del Sr. Dumas; á lo que él llama las experiencias. Notemos sí, dos cosas: 1.^a Que ellas se han verificado durante el sueño artificial y por vía de sugestión; y 2.^a Que no respondemos de la veracidad y legitimidad de tales experiencias. Helas aquí:

1.^a En 1884 el Sr. Focachon, farmacéuta en Chartres, sugirió á un enfermo á quien hipnotizó, la idea de que le iba á aparecer una inflamación en parte muy sensible. Al día siguiente, le apareció una ampolla llena de serosidad.

2.^a Los Sres. Bourru y Burot, profesores en la escuela de Rochefort, publicaron en 1886 un caso de suero sanguinolento provocado por sugestión en un histérico;

mientras éste dormía, uno de aquellos profesores escribió su nombre sobre el brazo del paciente y le dijo: esta tarde arrojarás sangre del brazo por las líneas que acabo de trazar. A las 4 p. m. aparecieron de relieve y enrojecidos, sobre la piel, los caracteres que el profesor había escrito.

En 1886 el Dr. Mabilie díjole repetidas veces y en alta voz á un hombre histérico y mientras éste sufría el ataque, que arrojaría sangre por el brazo, y efectivamente poco después se presentó la hemorragia.

Entusiasmado con las anteriores experiencias el Sr. Dumas concluye: 1.^o Que la sugestión puede, no solamente causar lesiones en la piel, lesiones á cuyo padecimiento están naturalmente expuestos los neuropáticos, sino localizarlas á voluntad del que ejerce la sugestión; 2.^o Que si ésta obra de tal suerte sobre los fenómenos de la vida vegetativa, la explicación de los estigmas, dada por el Sr. Maury, tiene sobradas probabilidades de ser verdadera.

Empezando por apreciar la segunda conclusión, diremos que, desgraciadamente para el Sr. Dumas, el Sr. Maury no conoció ni la hipnosis, ni la sugestión. La explicación del Sr. Maury se funda enteramente en el poder creador de la imaginación, y esta facultad no desempeña función particular en las experiencias que enloquecen al Sr. Dumas. Adviértese tan sólo en ellas la pasividad del enfermo y la voluntad imperiosa del que sugestiona, pero ni en éste ni en aquél se nota como causa del fenómeno la actividad de la imaginación excitada.

Cuanto á la primera conclusión ocurre observar: si es verdad que la sugestión puede localizar las lesiones de la piel á voluntad del que sugestiona, nada más fácil que comprobar el hecho exhibiendo estigmatizados que tengan simultáneamente llagas en las manos, en los pies y en el costado, al modo del Salvador; y que no sean neuropáticos "naturalmente expuestos á sufrir lesiones de la piel"

sino personas sanas de alma y cuerpo. Sería de ver entonces cuánto duraban esas llagas artificiales y cómo se conservaban vivas sin gangrenarse. Mientras esto no suceda, las experiencias y afirmaciones de los Sres. Maury y Dumas no pasarán de ser ridículas é infelices invenciones del espíritu sectario, y nosotros sostendremos con razón y justicia que ellos se apoyan maliciosamente en semejanzas superficiales y momentáneas, para igualar hechos que difieren por naturaleza.

III

Lo dicho hasta aquí de los estigmatizados, conviene á los que han sido auténticamente reconocidos por tales. Con todo, justo es hacer mención especial de San Francisco de Asís, el príncipe de los estigmatizados, no sólo por ser él históricamente el primero de todos, sino porque hasta hoy es el único que ha llevado en su propia carne los clavos que atravesaron los pies y las manos del Salvador. Los Sres. Dumas y Maury no vacilan en confesar que la imaginación exaltada por el hipnotismo no podrá jamás producir fenómeno semejante. De aquí que refiriéndose á San Francisco, el Sr. Dumas cambie de rumbo, y se torne de médico en historiador (1); pero en historiador *sui generis*. Cualidad indispensable del historiador ha de ser la imparcialidad: cuando los hechos que investiga fueren afirmados por testigos competentes y sinceros, mayores de toda excepción y exentos de sospecha, debe narrarlos como verdaderos. El Sr. Dumas empieza diciendo: "No encontramos motivo razonable para revocar á duda las afirmaciones concordes que hacen varios testigos oculares." Ciertamente no podría expresarse mejor. Desgraciadamente la sinceri-

(1) El cambio se imponía forzosamente: pues al declarar que la imaginación no podía ser parte á causar los clavos, y no queriendo admitir lo sobrenatural, era menester negar la existencia real de dichos clavos y atribuírlos á engaño de la imaginación de quienes los vieron y palparon.

dad que muestra en estas palabras es ficticia, porque muy en breve llega á conclusiones que no se compadecen con el primer aserto: convierte los testigos oculares no sólo en testigos que no vieron, sino que no pudieron ver lo que afirman. Es curioso oírlo raciocinar así: "Por ilimitada que sea la confianza que se merezca la veracidad del Hermano León ó de otro testigo ocular, nada impide pensar que ellos involuntariamente exageraron en sus descripciones, la semejanza de las llagas de San Francisco con las de Jesucristo. En efecto: ¿qué vieron tales testigos? Vieron erosiones sanguinolentas, llaguitas más largas que anchas, carnosidades, manchas azules ó rojas, es decir, variadas modificaciones de la piel, que ellos verosíblemente no hubieran notado, á no haber aparecido dichas modificaciones en las manos, en los pies y en el costado de San Francisco, ó sea en las partes del cuerpo de Jesús, heridas por los clavos y la lanza. Bien se echa de ver, pues, que los testigos exageraron las analogías reales entre las llagas del uno y del otro." ¿Cómo calificaría el Sr. Dumas al Juez que, en oyendo la declaración rendida por un testigo ocular y digno de crédito, contradijera la deposición del declarante, diciéndole: "No, señor, usted no ha visto eso; lo que usted ha visto es esto otro?" Y si el testigo replicara al Juez así: "Perdone usted, señor Juez, lo que yo he visto es lo que mis ojos han visto, y no lo que usted quiere que hayan visto," ¿no es verdad que el Sr. Dumas aplaudiría entusiasmado la entereza del testigo?

Pero lo más curioso es que el Sr. Dumas no cree en los estigmas porque son visibles; y dice que los cristianos ven los estigmas porque creen en éstos. Y luego agrega: "Comparemos la descripción que hace de los estigmas un autor de la edad media, con la que hace un médico moderno: Tomás de Celano habla de las cabezas negras y redondas de los clavos que atravesaron las manos de San Francisco, al paso que el Dr. Warlomont dice que Luisa

Lateau tenía por encima y por debajo de las manos, llaguitas que se veían sobre carnosidades movibles. Luego en ambos casos, el fenómeno es, verosímelmente, el mismo. ¿Quién no ve que semejante raciocinio es ridículo y absurdo? ¿Conque si el Dr. Warlomont vio en las manos de Luisa Lateau carnosidades llagadas y movibles, Tomás de Celano debió de ver en las de San Francisco carnosidades llagadas y movibles, por ser el fenómeno, verosímelmente, el mismo? ¿Adónde iríamos apoyándonos en verosímilitudes no fundadas en los hechos sino en los caprichos y pasiones de un escritor sectario? Imposible nos es aun suponer que el Sr. Dumas intentara siquiera argumentar con seriedad. Acaso adivinaríamos su pensamiento si dijéramos que él, instigado por su incredulidad y con el propósito de negar á toda costa el carácter milagroso de los estigmas del Serafín de Asís, llegase á imaginar que quienes afirmaron rotundamente haberlos visto, sufrieron alguna ilusión. Parécenos como si lo oyéramos llamar visionarios á los testigos que sostuvieron la realidad de los estigmas de San Francisco. Nada habría sido más fácil que examinar las condiciones patológicas de dichos testigos; mas cómo éstos eran bien conocidos, á nadie le ocurrió tan extravagante idea. Basta leer hoy día las relaciones que ellos hicieron de los estigmas, para ver en la sencillez y naturalidad que emplean en sus descripciones, el sello de la verdad.

“Las manos y los pies de San Francisco, dice Celano, estaban en la mitad, traspasados por los clavos, cuyas cabezas, en las manos sobresalían de las palmas, y por el lado opuesto veíanse las torcidas puntas; en los pies, las cabezas veíanse sobre los empeines, y debajo de las plantas veíanse asimismo las encorvadas puntas. . . . Los clavos, aunque formados de carne, eran negros como el hierro; pero lejos de inspirar horror, daban al cadáver más belleza y gracia pues semejaban incrustaciones de mármol

negro sobre un cuerpo de nieve. . . . Cuando murió San Francisco toda la población de Asís se encaminó á la Porciúncula. ¡Había llegado el momento en que aquellos habitantes podían ver los estigmas! Si oprimían los clavos por un lado, sobresalían más por el lado opuesto. Yo he visto lo que digo, y con las manos con que toqué los clavos, estoy escribiendo estas líneas.”

San Buenaventura cita otro testigo no menos digno de crédito. “Un caballero, dice, de nombre Jerónimo, ilustre así por su nobleza como por su aventajado entendimiento y muchas letras, no creía en los estigmas, y cual otro Tomás, quiso convencerse viéndolos y tocándolos. En efecto, examinó atentamente las manos y los pies y el costado del Santo; tocó y cogió repetidas veces los clavos, y habiendo palpado la realidad del milagroso hecho, acabó por besar las santas llagas. Más tarde sirvió de testigo en el proceso canónico y declaró, jurando sobre los Evangelios, que el hecho era innegable.”

Queda, pues, demostrado de modo incontrovertible:

1.º Que los Sres. Maury y Dumas afirman gratuita y descaradamente una mentira cuando dicen que la aparición de los estigmas en el cuerpo de San Francisco, es explicable ora por la excitación de la imaginación, ora por la ciencia médica.

2.º Que los Sres. Karl Hase y Renán ultrajan la verdad histórica calumniando al Hermano Elías, á quien suponen autor de los estigmas; y además incurren en flagrante contradicción porque el Sr. Renán dice: “el milagro de los estigmas de San Francisco es el más grande que registra la Iglesia en la edad media”; y el Sr. Hase se expresa así: “es el milagro más grande de las edades creyentes.”

La impresión de las llagas de San Francisco es, á todas luces, un hecho milagroso; y, por consiguiente, en vano intentan los incrédulos explicarlo naturalmente.

L. L. M.

CÆREMONIALE PAROCHORUM

Juxta novissimas Apostolicæ Sedis sanctiones concinnatum

(Continuatio)

13. A præfatione ad communionem, alter libro cum palmatoria assistit, et primus diaconi officium faciet. Ad *Sanctus*, alii duo clerici funalibus accensis veniunt, qui usque ad communionem peractam manebunt, in loco et eodem modo ac in missa solemnī, cum sit hæc praxis romana cum dominis cardinalibus (1). Ad elevationem, cappellani genuflectunt ambo ad suppedanei oram, suo tempore planetæ posteriores extremitates levantes. Sumpta ab episcopo sacra hostia, primus cappellanus calicem detegit, factaque genuflexione cum episcopo et cum secundo cappellano, una cum hoc ad abacum se confert; unde ampullas sumit, et alter missale et pileolum. Primus in cornu epistolæ pergit, et secundus in altaris medium; genuflectunt eodem tempore; ille pro purificatione et ablutione accedit, et hic ut pileolum episcopo imponat. Secundus cappellanus mox ad suum locum redit; canonem ad *Placeat* apertum et erectum ponit in altari, et in ejus loco missale apertum ad *Communio*.

14. Dum episcopus ablutionem sumit, secundus missale in cornu epistolæ transfert; postea descendit, ad abacum se confert, ut cum alio cappellano ad manuum lotionem accedat.

15. His peractis, alter cappellanus palmatoriam transfert, et ad episcopi dexteram manet; primus autem, calicem velo sumpto, in cornu evangelii se confert, calicem

(1) Si ceroferarii absint, primus cappellanus cereos candelaborum ad latera altaris stantes accendit, quos post communionem exstinguit (*Cærem. epp.*, l. cit., n. 7).

coopertit; et ad abacum gerit, unde iterum abit, et ad altare ad dexteram episcopi ascendit.

16. Ante benedictionem, transfert, si opus est, missale ad cornu evangelii, interim respondendo cum secundo cappellano versiculis *Sit nomen Domini benedictum*, etc.

17. Ad *Benedicat vos*, ambo cappellani pro benedictione genuflectunt; post quam, primus canonem sumit apertum ad S. Joannis evangelium, illumque ante episcopum sustinet; alter cum palmatoria interim assistens a dextris.

18. Missa autem finita, descendunt una cum episcopo et a primo cappellano pulvinari in suppedaneo vel in infimo gradu posito, omnes genuflexi ultimas preces recitant; deinde erecti alter manipulum episcopo aufert, et primum juvat cum eum sacris exiit paramentis, illa in altari deponens. Deposito amictu, alter canonem et palmatoriam sumit, dum primus episcopum mantelletto induit. His actis, alius canonem socio tradit, et ipse palmatoriam tenens, ambo episcopo assistunt, sicut in præparatione.

19. Post gratiarum actiones, uterque assistens genuflectit episcopo et altari; omnibusque in abaco depositis, episcopum iisdem cæremoniis ac ante missam associat.

20. *Animadversiones*. Si cappellani in sacris non sint constituti, sed tantum in minoribus, aut simpliciter tonsurati, hi omnia adimplere possunt quæ præscripta inveniuntur in *Cærem. epp.*, libro I, c. XXIX, præterquam ea quæ sunt inhærentia subdiaconi muneri, idest 1° calicem ante offertorium abstergere; 2° vinum et aquam in calicem infundere; 3° celebranti patenam cum hostia et calicem offerre.

21. Calix coopertus ad altare deferatur cum velo et bursa; post *Communio* dictus clericus cappellanus calicem vestire poterit, jam ab eodem celebrante purificatum, et illum ad credentiam transferre.

22. Si vero clerici tonsurati non sint, calix velatus in altari collocetur ante missam, et more solito in medio mensæ super corporale, uti fit in missis a simplici sacerdote celebratis. Possent tamen celebranti assistere ad missale, folia vertere, palmatoriam sustinere; calix autem, ab ipso celebrante suo tempore abstersus et velatus, ac in medio mensæ collocatus, absoluta missa, in sacristiam deferatur (S. R. C. die 10 martii 1906 ad 2^{am}, 3^{am} et 4^{am}).

§ 4

De assistentia cum uno cappellano in sacris constituto.

1. Omnibus paratis, fertur cappellanus ad ecclesiæ ingressum, ibique episcopum advenientem cum aspergillo expectat, illud ei tradit cum solitis osculis et genuflexione; dein illum associat ad pedes altaris, ubi, accepto bireto, genuflectit, et ad abacum pergit; in quo bireto deposito palmatoriam sumit, seque apud episcopum confert, debitas faciens genuflexiones altari et prælato; cui adest, stans aut genuflexus, ut dictum est, ac palmatoriam tenens, foliaque canonis suo tempore vertens.

2. Præparatione facta, canonem manu dextera sumit; et facta genuflexione episcopo et altari, suppedaneum ascendit, palmatoriam apud missale ponit, et librum canonis in consueto loco tabellæ, apertum ad orationem *Aufer a nobis* (1). Quin aliud faciat, iterum genuflectit in suppedaneo, et descendit.

3. Genuflexorium, aut faldistorium si opus sit, removet et seorsum collocat; crucem pectoralem episcopi accipit, et in altari ponit. Celebrantem mantelletto exuit, eique manus lavat.

(1) Melius esset palmatoriam prius et postea canonem ad altare deferre.

4. Deposito urceo et mantili in abaco, per breviorē suppedaneum ascendit in cornu evangelii apud locum paramentorum, facta in medio debita genuflexione amictum sumit, atque episcopum sacris induit paramentis. Sumpto postea manipulo de altari, in planum ad prælati sinistram descendit, et genibus flexis confessioni respondet.

5. Ad *Indulgentiam* surgit, et versiculo dicto, manipulum episcopo ligat, consuetum manipuli et postea manus osculum non omittens. Manet genuflexus usque ad v. *Domine, exaudi*, post quem surgit, et albæ extremitatem episcopo sublevans, illum ad altare associat; et dum episcopus mensam osculatur, genuflectit in medio, se ad epistolæ cornu conferens apud missale, ubi episcopo assistit dum introitum legit. Celebrantem ad medium altaris associat pro vv. *Kyrie*, se ad suam dexteram tenens, et ad librum redit ut orationibus adsit.

6. Recitato ab episcopo ultimo gradualis versiculo, cappellanus illum associat ad altaris medium pro *Munda cor meum*, palmatoriam apud canonem ponens; postea quamcitiſ missale sumit et transfert ad cornu evangelii, ubi, sistit, adstans cum palmatoria sacri textus lectioni. Post evangelium, palmatoria deposita, ambabus manibus missale tollit, illudque episcopo osculandum præbet; deinde, illo in legili reposito prope canonem, per breviorē descendit, ac se ad abacum pro accipiendo calice confert.

7. Calicem velo coopertum transfert in mensam; corporale extrahit et in medio explicat, postquam bursam in consueto loco posuerit, ad *Et incarnatus est* cum episcopo genuflectit; deinde calicem exuit, velumque plicatum in solito loco ponit.

8. Lecto offertorio, pallam aufert, ac patenam cum osculis episcopo offert; descendit dein ad abacum, et am-

pullas ad altare defert. More solito calicem purificat, eique vinum et aquam infundit, quæ in præcedenti instructione dicta sunt servans. Tempore suo calicem palla coopertit, et purificatorio illam patenæ partem, quæ disco-operta extra corporale manet, coopertit. Postea ampullas ad abacum transfert, unde sumit quæ occurrunt pro manuum lotionem, ponens prius mantile supra mensam altaris.

9. Post *Lavabo*, in cornu evangelii se confert, ac libro juxta solitum adest. Quum episcopus secretas legerit, capellanus missale claudit et in mensa ponit; sumit dein canonem, in legili illud collocat, et aperit ubi est præfatio. Se post episcopum confert, et aliquantulum exspectat ut ei pileolum auferat ad *Per omnia sæcula*; quo facto, genuflectit, et in abacum pileolum defert, deinde sumit missale et similiter in abaco deponit; unde, tintinnabulo sumpto, in cornu evangelii redit.

10. Ad *Sanctus*, tintinnabulum pulsat, et postea deponit in gradibus lateralibus altaris.

11. Canoni, ut dictum est, assistit; et ad verba *Quam oblationem*, denuo tintinnabulum sumit, in alium gradum descendit, et genuflexione in medio facta, genuflectit tempore suo ad oram suppedanei, versus cornu epistolæ, ac elevationi assistit; in cunctis se continens ut diaconus in missa solemni. Palla calice cooperto, per breviorum ad abacum pergit; et tintinnabulo suo loco reposito, ad celebrantis sinistram transit, debita genuflexione in medio tantum peracta.

12. Ad verba *Per quem hæc omnia*, genuflectit, et ad dexteram transit, ubi ad tempus calicem discooperit. Ad alia verba *Panem nostrum*, patenam purificat, et episcopo juxta solitum, offert.

13. Reliquis adest, ut dictum est in præcedenti instructione; atque ad abacum post communionem hostiæ se confert, postquam calicem discooperuerit, et cum episcopo genuflexerit.

14. Ampullas in altaris mensam transfert, suoque tempore consuetas purificationes ministrat. Ampullas ad abacum refert; unde pileolum sumit, quo episcopi caput coopertit, dein accipit missale, et post genuflexionem in medio altaris factam, se in cornu evangelii confert. Canone in altaris medio ad *Placeat*, et in legili missali ad *Communio* apertis, legile transfert cum missali et postea palmatoriam in cornu epistolæ.

15. Missali translato, per breviorum ad abacum descendit, et pro tertia ac ultima manuum lotionem ministrat. Omnibus in suis locis repositis, de altari calicem juxta solitum accommodatum sumit, et ad abacum defert. Si hæc omnia ante *Ite, missa est* adimpleantur, per breviorum ad episcopi dexteram se confert, ac orationibus adest: quod si *Ite, missa est* dictum aut jam dicendum sit, palmatoria sumpta, ad cornu evangelii se confert palmatoriam in mensa ponit, et sistit superiori gradu ad latus altaris; genuflexus ad suppedanei oram, benedictionem accipit; post quam surgit et ascendit; mox canonem sumit, illum ante episcopum sustinens. Si aliud evangelium legendum sit, orationibus finitis, episcopum associat in medio pro *Placeat*, palmatoriam apud canonem ponens; deinde missali properanter sumpto, illud ad cornu evangelii transfert, ubi sistit, palmatoriam tenens.

16. Missa tandem peracta, una simul cum episcopo descendit, et pulvinari in suppedaneo vel in infimo gradu posito, tabellam pro ultimis precibus sumit, quam tradit episcopo, palmatoriam prope illum sustinens. Postea surgit, et omnia ad abacum vel in altari deponit; in medium redit, et opem fert episcopo dum missæ paramenti exiit, a manipulo incipiens.

17. Amictu in altari posito, descendit, episcopum mantelletto induit, ac genuflexorium in suo loco ponit; deinde ad suppedaneum ascendit, canonem et palmato-

riam pro gratiarum actione sumit, omnia servans quæ pro præparatione dicta sunt.

18. Post gratiarum actionem, canonem cum palmatoria ad abacum portat, biretum sumit et cum osculis ad congruum tempus episcopo offert.

NOTA.—Si cappellanus sit acolythus vel simplex tonsuratus, aut neque tonsura insignitus, legatur animadversio in præcedenti instructione posita.

ARTICULUS II

De missa celebrata coram episcopo diocesano

§ I

De præparandis pro missa.

1. Altare parabitur solitis tobaleis, luminibus et ceteris necessariis.

2. Abacus parva tobalea cooperiatur; supra quam parentur ampullæ, linteolus, tintinnabulum, ac pacis instrumentum, parvo linteo coopertum.

3. Aliquantulum ab altari remotum, genuflexorium panno viridi vel violaceo coopertum, pro diversis temporibus, appositis pulvinaribus superius et inferius, ejusdem panni coloris.

4. Si abacus usu credentiæ desit, ponatur mensula, candida tobalea cooperta, in qua vasculum aquæ benedictæ cum aspergillo ponatur.

(Continuabitur)

MARIA

Madre de los que no tienen Madre

Un día, escribe un párroco extranjero, noté entre los niños de mi catequismo, uno que no había venido nunca. Su fisonomía pálida y enfermiza no me era, sin embargo, desconocida. Apurando mis recuerdos, reconocí en él al hijo del contra maestre de la fábrica, hombre violento, furioso orador de club, clerófobo exaltado.

El niño parecía como extranjero en la iglesia, mirando por todas partes con aire cortado. Aparenté no haberlo notado durante la explicación; pero acabada ésta me dirigí hacia él.—¿Vas á la escuela?—le dije.—¿Has oído hablar de Dios?

El niño guardó silencio.

—.....Y de la Santísima Virgen?

El niño levantó su frente y su rostro se animó.

—Sí,—me dijo en voz baja y con timidez.

He oído decir á los niños del catecismo que tienen una madre que se llama la Santísima Virgen. Por eso he venido yo aquí.

Y con los ojos llenos de lágrimas, agregó:

—Y tengo mucha necesidad de tener una madre....

Esta exclamación del niño, entrecortada por los sollozos, me conmovió. Cuando los demás se retiraban, detuve al niño y le dije:

—Vén, voy á conducirte á tu madre.

El me fijó su mirada ansiosa y penetrante.

Le conduje á la capilla de la Virgen.

Cuando el niño apercibió la santa imagen de María, ceñida la frente con su diadema de oro, adornada de flores, iluminada con los reflejos de la luz que penetraba á través de las vidrieras, exclamó:

—¡Ah, sí... ahí está! ¡Qué linda es! ¿Creéis que me recibirá por hijo suyo? Tiene otro sobre sus brazos... tal vez no necesitará de mí... y yo tengo tanta necesidad de una madre... sobre todo desde que estoy enfermo!

—Estás enfermo, pobrecito?

Tocándose su costado izquierdo, me dijo:

—Estoy enfermo de este lado. No mucho, pero no puedo correr ni jugar con los otros; y el médico me ha prohibido ir á la escuela. Me da pena estar solo en casa. Mi padre me quiere mucho, pero pasa fuera. Me han dicho que los niños que vienen aquí, encuentran una madre muy buena y poderosa; por eso he venido... ¿Creéis que me querrá á mí la Virgen?

—Sin duda, pero es necesario que, como los otros, aprendas bien tu catecismo.—Y le entregué uno.

—Gracias, señor; yo lo leeré; tenga usted seguridad...

Debió no sólo leerlo sino estudiarlo con ardor. Luego adelantó á todos los otros. Pero un día no vino más.

Me dirigí á su casa, aunque su padre me devorara.

Felizmente el niño estaba solo. Entré. Estaba en la pobre pieza en cama. Apenas me conoció, me mostró el catecismo que tenía sobre la almohada.

—Ya sé la lección, señor,—me dijo.—Mi papá me ha ayudado á aprenderla.

—¿Es posible? ¿Cómo es esto?

—Es que estoy tan débil, que apenas puedo leer; Pero no quería dejar de aprender la lección para hacer la primera comunión, le pedí el libro y me dijo que él me la enseñaría. Y así lo ha hecho; Ya la sé toda, sin una falta. Yo creo que me voy á morir, y le pido que me tome la lección para hacer mi primera comunión, é irme al cielo.

Inclinado sobre él, iba á animarlo y á evitar que se fatigara, cuando oí un sollozo á mi lado. Era su padre. De pie, junto al lecho de su hijo, lloraba.

—No llore, papá—le dijo el enfermito,—ya estoy muy contento si me ayuda á aprender mi lección para hacer luego mi primera comunión, é irme al cielo. La Virgen me va á llevar...

El padre, con la cabeza entre las manos, guardaba un silencio angustioso. Yo me levanté y salí sin que hubiera manifestado la menor atención. Volví, sin embargo, al otro día y todos los siguientes.

Algunas veces el padre entraba bruscamente, se acercaba á su cabecera, sin articular palabra ni hacerme el menor saludo.

El niño se debilitaba día por día. Sus asfixias eran cada vez más frecuentes, más prolongadas y angustiosas.

En un momento en que estábamos solos me dijo:

—¿Sabe, señor, lo que me ha dicho mi papá?—Ya que quieres tanto á la Virgen, hazle una manda. Yo te prometo llevarle al santuario que quieras, de la Virgen.

—Tiene razón tu papá, hijito, haz una manda á la Virgen.

El me hizo gesto negativo.

—No se debe quitar,—me dijo—lo que se ha dado una vez. Yo he dado mi vida á Jesús para que El me dé á mí su madre por madre en el cielo, y llevar á mi pobre papacito allá... Es lo mejor así.

Estábamos ya en el mes de María. El niño estaba preparado para su primera comunión. Su muerte se acercaba...

Le traje el sagrado Viático; iba á hacer su primera y última comunión de su vida. Los niños del catecismo llenaban su pieza. El niño recostado en su camita, cubierto con una colcha muy blanca, muy limpia, desparramadas sobre ella flores recién cortadas, se incorporó para recibir al Señor, haciendo un esfuerzo supremo. Y recostándose de nuevo cruzó sus manecitas sobre el pecho en que

descansaba ya Jesús Sacramentado, y cerró sus ojos para no abrirlos más en la tierra...

Sus labios entreabiertos parecían sonreír con la sonrisa de los ángeles, y sobre su rostro, pálido como el mármol, resplandecía la felicidad del cielo de que ya gozaba.

Pocos días después, el día de la Virgen, el padre comulgaba con todos los fieles de la iglesia parroquial.

El furioso impío y violento orador revolucionario, se había convertido, arrastrando consigo á la iglesia, á casi todos los pobres obreros á quienes había extraviado. El espíritu de la parroquia se había renovado volviendo los hombres á la fe y á la piedad de los mejores tiempos.

María había aplastado una vez más la cabeza de la infernal serpiente, y volvía á ser para tantos desgraciados la Madre queridísima de todos.

MI NUEVO COADJUTOR

Sucesos de la vida de un anciano párroco irlandés

NOVELA ESCRITA POR PATRICIO HEEHAN

(Continuación)

—Bueno; pero la *Civiltà Cattolica*,—respondió el señor Duff,—que puede considerarse como un órgano oficial, dijo, hablando del libro: «La historia bíblica debe fundamentarse sobre el acuerdo correcto y exacto entre las enseñanzas de la Biblia, y las conclusiones racionales de las ciencias naturales.»

—Muy bien—replicó el Padre Letheby;—esto se refiere á determinados descubrimientos de geología y de astronomía. Pero seguramente, ¿no sostendrá usted que la filología, que es la única ciencia á que aquí nos referimos, sea una ciencia exacta?

—Tan exacta, por lo menos, como las ciencias que acaba usted de mencionar.

—¿Tan exacta como una demostración matemática?

—Tan exacta.

—¡Bueno!—observó mi vicario con perfecta seguridad.—¡Eso es decir demasiado!

—Lo digo y lo sostengo—exclamó el Padre Duff.—Sostengo que el testimonio histórico, por una parte, y el testimonio de los monumentos, por otra, combinados con el estudio atento de la Biblia, y con las debidas particularidades de tiempo y de lugar, equivalen á una demostración matemática.

—Por supuesto, ¿usted admitirá que los idiomas cambian de construcción con tanta frecuencia como las palabras cambian de significado?

—Sí, señor.

—El inglés de Shakespeare no es el mismo que hablamos nosotros.

—Tiene usted razón.

—Se dice que, por obra de estas modificaciones, nuestro idioma al cabo de cien años sería ininteligible para nosotros, si resucitásemos entonces.

—Es posible que así ocurriera.

—¿Me concederá usted que un contemporáneo de Shakespeare podría juzgar la obra de este poeta y penetrar el sentido de las alusiones y de los vocablos infinitamente mejor que el más sabio lingüista nacido mucho tiempo después?

—Creo que sí; pero no entiendo á dónde va usted á parar.

—¿Por qué no hemos oído hablar nunca de las «evidencias internas», de las «coincidencias históricas», de las «particularidades de expresión» en los tiempos de los Orígenes, de los Dionisios, de los Jerónimos, de los

Agustines, ó de otros Padres que han sostenido lo que nosotros sostenemos, lo que la Iglesia ha enseñado siempre sobre la autenticidad de los Libros Sagrados? ¿Cómo aquellos varones, familiarizados con el hebreo y con el griego, no notaron lo que hoy se trata de notar, sin poseer los conocimientos que ellos poseían?

—Pero, querido señor, hay interpolaciones evidentes, hasta en el Evangelio. ¿Pretendería usted hacerme creer que el cántico *Magnificat* fue pronunciado por una joven judía, en Hebrón, y que ese cántico no es una composición poética cuidadosamente escrita por el autor del tercer Evangelio?

Brinqué en el asiento. Me tranquilicé en seguida, porque la expresión del semblante de mi vicario, la contracción de sus labios, y el brillo de sus pupilas que relumbraban como ascuas, me hicieron comprender que el honor de nuestra bien amada Reina se hallaba en buenas manos.

El Padre Duff no había podido elegir un ejemplo más desdichado. Mi coadjutor se apoyó en el pupitre, y adelantándose, exclamó con acento reprimido y tembloroso:

—Señor Duff, usted podrá tener muchísima erudición, y creo que efectivamente la tiene; pero, aun á cambio de poseer toda la ciencia almacenada en esas universidades alemanas que usted tanto admira, no querría yo pensar como usted piensa acerca de un asunto tan sagrado. Si algo puede dar idea de las interpretaciones modernas de las Sagradas Escrituras, es la deplorabilísima opinión —casi me atrevería á calificar de blasfema— que acaba usted de emitir. Eso significa la eliminación completa de lo sobrenatural, la negación absoluta de la inspiración. Si el *Magnificat* no fue inspirado, no existe inspiración en el mundo.

Durante algunos segundos reinó silencio penoso. Oí

perfectamente el tic-tac de mi reloj. El maestro de conferencias se puso de pie y entonó el *Acciones nostras*. Comenzamos á recoger libros y papeles, para marcharnos, cuando el señor obispo dijo:

—Señores, la procesión anual en honor de la Santísima Virgen se celebrará en la catedral y en los alrededores del seminario el 31 del corriente mes de Mayo, por la tarde. Me complaceré mucho en que asistan ustedes. Comeremos á las cuatro; el rosario y el sermón se verificarán á las siete. Señor Letheby, ¿querría hacerme el favor de predicar ese día?

Mi coadjutor aceptó, ruborizándose; entonces el señor obispo, con exquisito tacto, se dirigió al Padre Duff, que estaba abochornado y desconcertadísimo:

—Señor Duff, sírvase dejarme su trabajo: creo que seguiré el consejo de nuestro querido Padre Dan.

Algunos sacerdotes jóvenes, amigos de bromas, hicieron circular por la diócesis el rumor de que había yo intentado abrazar á Su Excelencia. No hay en ello una palabra de verdad, por distintas razones. Ante todo, yo soy, como Zaqueo, muy bajito de cuerpo, y el señor obispo, ¡Dios lo bendiga! es de arrogante estatura. Además, profeso terror innato é instintivo hacia la cintita morada que adorna el cuello de Su Excelencia. No sé por qué; pero al verla siento escalofríos. He oído que ya se permite á algunos canónigos el uso de alzacuello morado; me parece error gravísimo. Nuestros Padres en Jesucristo debían tener el privilegio exclusivo de este color, como tienen exclusivamente especiales y tremendas responsabilidades. Confesaré lo que hice. Besé el anillo del prelado, y lo besé con tanto fervor que acaso quedaron señalados mis dientes en el dedo meñique de Su Excelencia.

El maestro de conferencias me detuvo:

—Principia á serme simpático ese joven coadjutor

que usted tiene. Se me figura que posee más piedad que talento.

—Las dos cosas — contesté.

—Sin duda, sin duda. Pero, ¿dónde vamos á parar? ... ¡Dios mío! ¿Dónde vamos á parar!

—Bueno, entonces ¿no compró ya el cascabel?

—¿Qué cascabel?

—El que convenía colgarle al cuello al Padre Letheby.

—Padre Dan, posee usted una memoria admirable. ¡Adiós! Enhorabuena por no tener de coadjutor á ese racionalista Duff.

Volvimos rápidamente á casa, mi vicario y yo; íbamos pensando mucho y hablando poco.

Al fin rompí el silencio.

—Voy creyendo que eché un sueñecito durante la lectura de la disertación.

—Un sueñecito de cuarenta minutos, Padre Dan, — me contestó. — De los cuarenta y cinco minutos que duró la lectura, durmió usted cuarenta.

—Vaya! ¿Usted me calumnia! ¿Acaso no recuerdo todo lo que leyó referente á Job, á Daniel y á los Evangelios sinópticos?

—Eso fue únicamente la introducción.

—¿Quién fue el desahogado que nos despertó á todos con su ronquido? ... Me figuro que sería Delany.

—No, señor. No fue Delany. Estaba demasiado nervioso para dormir, después de su discusión con el examinador.

—¿De veras? — murmuré, pensando que era mejor no insistir en esta pregunta; y añadí: — ¿Nos predicará usted un sermón magnífico?

—No me encuentro ni me encontraré muy á gusto — contestó, sacudiendo las riendas. — No me asusta el sermón; me asustan los rencores y envidias que puede suscitar.

—Puede usted evitarlos fácilmente.

—Cómo?

—Con un fracaso completo. Ya verá cuántas simpatías se crea. El único medio de conseguir la popularidad, es cometer una necedad.

—Eso es lo que he hecho hoy. Tenía la resolución firmísima de no abrir la boca, á menos que me preguntasen; pero no pude contenerme ante la impertinencia y ante la presuntuosidad de Duff, sobre todo cuando rayó en la irreverencia.

—Si usted no hubiera hablado, yo lo hubiera hecho, y de seguro, en términos menos corteses. ¡Era imperdonable!

Comí en casa de mi coadjutor.

A los postres llamaron tímidamente á la puerta. El Padre Letheby salió, y al cabo de un momento volvió desalentado y enojado. Yo había oído que en el vestíbulo le decían: «Señor vicario, la pobre no puede continuar; cada día está más enferma del pecho, y se ha puesto pálida como un cadáver.»

—Una de nuestras obreras que abandona el trabajo de las máquinas — exclamó mi coadjutor. — Se queja del pecho y lo atribuye á que la costura la obliga á estar inclinada.

—¿Quién es ella? — pregunté.

—Herminia Carmody; una mocetona que trabaja al lado de la puerta del taller.

—¡Hum! — murmuré. — Se me figura que sería más justo y más exacto atribuir los achaques de Herminia

Carmody al vinagre y al papel mascado. Esa joven se avergonzaba de tener coloradotas las mejillas, y ahora es de última moda reemplazar los sonrosados colores de la salud por las palideces de la consunción y de la anemia.

—¡Mal presagio!—me contestó.—Aún no hace un mes que inauguramos la fábrica.

(Continuará)

α MISCELANEA Q

Fiesta de San Bernardo—El 20 del pasado Agosto se celebró con singular pompa la fiesta de San Bernardo, cuyo nombre lleva el Illmo. y Rdmo. Primado. A la Misa solemne que celebró en la Basílica el señor Rector del Seminario, asistió el Prelado de semipontifical; asistieron además, el Venerable Capítulo, el Clero secular y regular de la ciudad, el Seminario y muchos fieles. Después del medio día hubo en el Palacio la recepción acostumbrada.

Santa Visita—Como lo anunciámos en el número anterior, el Illmo. y Rdmo. Señor Arzobispo salió, acompañado del señor Secretario Arzobispal y de dos RR. PP. Jesuítas, el martes 23 del pasado mes, á practicar la Visita Pastoral en las parroquias de Cucunubá, Guachetá, Lenguazaque, Villa Pinzón, Chocontá, Suesca y Sesquilé.

Nueva Diócesis—Con fecha 7 de Julio del corriente año, erigió el Padre Santo la nueva Diócesis de Cali, como sufragánea de Popayán.

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

Año V—Vol. V { Septiembre 15 de 1910 } Núm. 17

CIRCULAR

Gobierno eclesiástico—Bogotá, Septiembre 11 de 1910

Señor Cura....

Se acerca el vigésimo quinto aniversario de la consagración episcopal de nuestro amado Pastor el Illmo. y Rmo. Señor Doctor D. Bernardo Herrera Restrepo, dignísimo Arzobispo de Bogotá y Primado de Colombia.

El Illmo. y Rmo. Señor Doctor D. José Telésforo Paúl consagró al Illmo. Señor Herrera el día 27 de Diciembre de 1885 en la Catedral de Bogotá, y en esa misma fecha del presente año debemos celebrar la fiesta del amor filial á nuestro Venerable Prelado. Justo es que todos los católicos de Colombia y señaladamente los súbditos y admiradores de tan egregio Pontífice, tomemos parte muy activa y eficaz para celebrar con la mayor pompa y esplendor tan fausto acontecimiento.

Todas las Diócesis de Colombia han participado de la benéfica acción y de la favorable influencia de nuestro amadísimo Arzobispo. Todas las clases sociales y en especial los obreros, los niños y los pobres han sido objeto de la solicitud y cuidados pastorales del Illmo. Señor Herrera Restrepo. Las Comunidades religiosas y el Clero en toda su jerarquía, han recibido muestras inequívocas de la paternal benevolencia del Primado de Colombia y de su celo especialísimo por la santificación de quienes son con-